

## FERNANDO

David Mendoza Jiménez.

Fernando ha muerto. Me han llamado hoy de la Residencia donde vivía desde hace mucho tiempo. Su entierro será mañana por la tarde, en el cementerio de aquel pueblo donde se encontraba la clínica en la que nos conocimos, hace ya casi treinta años. Lo primero que me acudió a la cabeza, aún indemne de aflicción, fue preguntarme cómo habían conseguido mi teléfono, la entidad de la muerte nos hace refugiarnos de ella en la frivolidad tantas veces... Después me acometió ese pesar, ya inservible, de no haber pasado más tiempo a su lado. Dada la distancia que actualmente me separaba de aquel pueblo casi olvidado, decidí partir a la mañana siguiente, temprano.

Aunque, según dijo un genio, nuestra mente es porosa para el olvido, aquella noche, mientras buscaba el sueño, a mi memoria no le costó demasiado dibujar los recuerdos de cómo conocí a Fernando...

Andaba yo por los veinte años por aquel entonces, acababa de terminar la carrera de enfermería y hacía el turno de noche en una clínica psiquiátrica situada en un pueblo a las afueras de la capital. Aún bisono en mi oficio recién estrenado, procuraba aprender cada día de mis compañeros y del trato con los enfermos. Las noches eran duras y la psiquiatría no lo era menos, pero me enardecía una gran pasión por lo que hacía que superaba con creces todas aquellas vicisitudes. Siempre he pensado que, en esta profesión, si no hay pasión, es mejor dedicarse a otra cosa.

La noche en que nos conocimos Fernando y yo, las circunstancias no podían ser más desalentadoras. Acababa de ser ingresado aquella tarde, y cuando pasé a su habitación tenía colocadas unas sujeciones mecánicas que lo inmovilizaban en la cama. Al verme entrar me ordenó que lo

liberarse inmediatamente y amenazó con denunciarme a la policía si no lo hacía. “¡Saben dónde estoy, vendrán a buscarme!”, decía vociferando. Quedé petrificado durante unos segundos y aquella estampa quedó grabada a fuego en mi memoria. Más tarde, recordándola, se me representaba una imagen del Quijote, reclamando justicia y libertad, cuando todo el mundo a su alrededor lo ignoraba tratándolo de enajenado. El aspecto de Fernando en aquellos instantes incitaba a pensar en el caballero de la triste figura, ya que exhibía una cabellera plateada y despeinada, era más bien enjuto y larguirucho, frisaba en los cincuenta años; y poseía una mirada de tal profundidad a través de sus ojos gris celeste que se hacía casi intolerable sostenerla durante unos segundos, era la mirada más penetrante e intensa que yo haya visto jamás. Aunque fue poco el tiempo que fui capaz de observarla, pude apreciar en ella una sincera llamada de auxilio, un recóndito sufrimiento. Salí conmocionado de aquella habitación, incluso aturdido, comprendiendo al instante que aquel no iba a ser un enfermo cualquiera. Hubo algo en aquel hombre que, al mismo tiempo que me provocaba un pavor inconmensurable, me suscitaba una atracción infame, y quería averiguar por qué.

El siguiente turno que fui a trabajar, un par de noches después, me estudié su historia clínica de cabo a rabo, intentando averiguar de dónde había salido aquel hombre tan extraño y qué circunstancias lo habían llevado hasta allí. Había tenido algún ingreso anterior, algo esporádico y sin incidencias reseñables, pero la entrevista más reciente mencionaba que creía haber sido secuestrado y que pretendía denunciar a toda esta organización que lo tenía retenido, refiriéndose a la clínica en la que se encontraba ingresado. Leí que era catedrático de filosofía, que impartía clases en un instituto de la ciudad, y que el día del ingreso los servicios de emergencias lo recogieron de la puerta del instituto donde trabajaba, allí pasaba las noches entre cartones, totalmente desahuciado. Los psiquiatras le habían diagnosticado esquizofrenia paranoide.

Durante las siguientes noches seguí pasando a su habitación, pero estuvo más de una semana en cura de sueño y siempre lo encontraba dormido, tendido sobre su cama como un naufrago sobre la arena de la playa, derribado por la embestida de los neurolepticos. Su respiración era acompasada y profunda y un hilo de saliva pendía de la comisura de sus labios hasta la almohada, como las telarañas

que se forman en los muebles abandonados. Parecía llevar una eternidad allí postrado. Pero daba la sensación que sucumbía a un sueño tan placentero, que observarle simplemente me proporcionaba un alivio pasajero, al mismo tiempo que una misericordia silente y triste.

La primera noche que lo vi despierto y fuera de su cama me costó reconocerle. Lo encontré sentado en un rincón de una sala, aislado, agazapado como un animal asustado o herido. Con la mayor delicadeza de la que me creí capaz, me dirigí lentamente hacia donde se encontraba y le pregunté cómo iba todo, procurando imprimir en mi gesto una suave sonrisa. Él me observó asombrado a través de su contundente mirada, con un gesto entre extrañado y huidizo, parecía temblar como una hoja mecida por la brisa. Varias arrugas surcaban su piel, dando el aspecto de un campo yermo e inculto a su rostro. Se levantó sin dejar de mirarme; yo le sostuve la mirada recordando lo que me dijo un día Sor María, (“nunca pierdas la mirada de un paciente psiquiátrico, te ayuda a predecir su reacción”), y, de repente, y con un deambular torpe y malogrado por los barbitúricos, caminó hacia su habitación y desapareció de mi vista.

Se sucedían las noches y yo repetía el ritual de acudir a ver a Fernando a aquella sala como una especie de protocolo en cada inicio de turno. Yo perseveraba en el intento de comunicarme con él, preguntándole siempre cómo se encontraba, y él seguía instalado en ese silencio indescifrable que parecía formar parte de su ser desde siempre, pero su mirada se mostraba cada vez menos desconcertada, se apreciaba en ella cierta dosis de levedad, de sosiego, antes imperceptible.

Mortificado por conocer la causa que me provocaba esa atracción extraña hacia Fernando y, desesperado por librar el abismo que se interponía entre nosotros, comencé a indagar entre las páginas de algunos libros de psiquiatría con la vehemencia de un sediento buscando agua, queriendo averiguar qué misteriosos pensamientos concurrían en la mente de un esquizofrénico como Fernando, con el fin de abordarle de una manera eficaz. Busqué también entre los clásicos, la literatura tantas veces orienta con mayor tino que la ciencia a transitar por los cenagales del enajenamiento, y todo mi ser permanecía persuadido en esa labor que parecía absorberme por completo. Entraba y salía de la biblioteca sin hablar con nadie, sin distraerme con nada, con paso presuroso y aspecto febril, abrazado

a un puñado de libros en los que confiaba estuviera esa sabiduría que yo buscaba ya de forma enfermiza. En el trabajo apenas hablaba con mis compañeros de turno y mis desvelos transcurrían entre las páginas de aquellos libros. Fueron días de angustia en que creí enloquecer, obsesionado por la idea de acceder a la mente de aquel individuo misterioso que ya comenzaba a robarme el sueño. Pero ninguna de mis pesquisas llegaron a buen puerto, y Fernando y yo continuamos repitiendo la misma escena noche tras noche, hasta que sólo el tiempo consiguió poner fin a aquella reincidencia tediosa.

Una de aquellas noches, después de varias semanas, el rincón de aquella sala donde siempre se encontraba Fernando avillado, ahora se hallaba vacío. Entonces decidí ir a buscarlo a su habitación, y allí lo encontré sentado en su butaca, con las piernas cruzadas y unos pequeños quevedos posados en la punta de su nariz. Entre sus manos sostenía una vieja novela, cuarteada por el tiempo, que más tarde pude averiguar que se trataba de una edición muy antigua de “Fausto”, de Goethe, escrita en alemán. Lo miré asombrado, quedé por un instante absorto, pues ese hombre no parecía la misma persona que ingresó hacía unas semanas, ni siquiera el que dos o tres noches atrás se encontraba sentado en un rincón de aquella sala. Sin darme tiempo a preguntarle cómo estaba, él levantó su mirada del libro, me contempló durante un breve instante y me espetó:

*-El alemán es el idioma más hermoso para escribir poesía.*

Me sorprendió lo primero aquella voz pausada y calma, pues a Fernando solo le oí gritar el día que lo ingresaron, y su voz no era entonces ni la sombra de lo que en ese momento estaba escuchando. No supe qué contestar y solté una estupidez:

*- ¿Habla usted alemán?*

*- Ja, ich spreche perfekt Deutsch.*

Creo que sonreí sutilmente al ver que él mostraba por primera vez una mueca en su semblante lo más parecido a una sonrisa. Me comenzó a hablar del libro que tenía entre sus manos como si continuase con una conversación que hubiésemos dejado pendiente algún otro día y me preguntó qué

libro estaba leyendo yo en esos momentos, creo que con la simple intención de saber si yo era aficionado a la lectura. Al decirle que casualmente estaba leyendo “Las afinidades electivas”, pareció iluminársele algo en el rostro, casi como si le hubiese comunicado que saldría de allí al día siguiente. A continuación, nos ensartamos en un diálogo fascinante enhebrado por ese hilo común de la literatura. Comenzó a hablarme de algunos libros que yo había leído, contándome de sus autores historias que yo jamás había escuchado, a la vez que me recomendó algunos títulos desconocidos para mí. La emoción del momento me embriagó y ahogó al pusilánime impenitente que me habitaba, provocándome una verborrea incesante que me asombró incluso a mí mismo; las palabras salían de mi boca como si estuviesen unidas en un sartal y alguien tirara de ellas hacia el exterior, como si hubiesen estado esperando ser pronunciadas desde hacía mucho tiempo. El profesor me escuchaba atento, mientras me escrutaba con una mirada inteligente, con el aspecto distinguido de alguien versado en los avatares de la existencia. Entonces me pareció estar viviendo uno de los grandes momentos de la vida, cuando el espíritu se impregna de esa belleza pura, parece entrar en un estado de sublimación, sin patetismos ni cursilerías. Creo que Fernando abandonó incluso su enfermedad durante aquellos instantes mágicos.

Desde entonces, al acudir a su habitación con la excusa de llevarle la medicación, intercambiábamos impresiones de algunos de los libros que habíamos leído. Su modo de pensar era distinto a todo cuanto había conocido hasta entonces, me podía pasar horas y horas escuchándolo sin descanso. Generalmente eran diálogos muy intensos, pero siempre insuficientes, debido a que los antipsicóticos que tomaba Fernando lo doblegaban temprano y entonces desaparecía, humillado y sombrío, en busca de su cama, desalentado por no haber podido prolongar su conversación más tiempo. Sin embargo, algunas noches resistía con estoicismo los embates de los neurolépticos y navegábamos ambos por conversaciones exentas de lugares comunes. Me hablaba de religión, de política, de filosofía y todo siempre lo acompañaba de alguna recomendación literaria que yo apuntaba en una libreta con gran emoción. Al día siguiente yo acudía de forma compulsiva a alguna librería para adquirir los títulos que me había aconsejado Fernando y me encerraba en mi habitación

a devorarlos con gran impaciencia con el fin de hablar de ellos en nuestras charlas futuras. Había conseguido seducirme tal y como hacían los antiguos filósofos con sus discípulos, mediante la sabiduría. Él sintió la utilidad de enseñar y de tenerme como alumno incondicional, por lo que en Fernando surgió una ilusión novedosa por la vida que hasta entonces no conocía, según me confesó.

Aquellos diálogos metafísicos, como paseos por la profundidad de la existencia, se marcaron en mi alma con la fuerza de un gran amor. Su palabra pasó a ser algo sagrado y Fernando se convirtió en uno de mis grandes mentores, jamás, en muchos años de mi vida anterior en la escuela o el instituto, había aprendido tanto sobre literatura, filosofía y arte como lo que aprendí en aquella época en tan solo unos meses. Yo disfrutaba con ir cada noche al trabajo y conversar con el profesor Fernando de todo aquello de lo que no podía hablar con nadie más. Él también sentía una gran admiración por mí, lo dejaba ver cuando le hablaba al resto de mis compañeros de nuestra afinidad con gran entusiasmo. Un día me llegó a proponer adoptarme como hijo, ya que, según me comentó, tenía dos hijas y una exmujer con las que “no se podía hablar”, según él decía, y quienes ni siquiera acudían a visitarlo. No sabía hasta qué punto bromeaba Fernando con esas cosas, pero intuía que hablaba muy en serio. Sea como fuere, Fernando llegó a ser como un padre para mí, un padre espiritual incluso, ya que alguna vez, cuando le contaba de mis lecturas, de mis reflexiones, de mis preocupaciones, él me aconsejaba que me dedicara a disfrutar de los placeres más mundanos que nos ofrece la vida, con el fin de templar esos ardores del alma que últimamente aparecían soliviantados en mí. Lo que dejaba ver que, a pesar de su enorme sabiduría y de su ámbito enigmático, poseía una consistencia humana que lo embellecía aún más como persona. “Deberías dejar que la vida te toque más, domina tus emociones y no cometas excesos, déjate llevar y disfruta del *aurea mediocritas* de la que hablaba Horacio”.

Una noche Fernando acudió a la sala en la que yo me encargaba de preparar la medicación del día siguiente. Lo observé mientras llevaba a cabo mi tarea, se sentó en una de las sillas y encendió un cigarrillo en silencio mientras miraba hacia un punto en el vacío y sus ojos parecían destilar unas

chispeantes lágrimas seniles; su semblante tenía la palidez de los eremitas. Respeté aquel silencio que él parecía querer prolongar y, de repente, dijo:

—Parece ser que se han disipado los contornos de mi enfermedad. Por ello han decidido que ahora sí puedo formar parte de esta sociedad, compartir sus gustos y sus desilusiones. Sentarme en un café sin ser observado con desprecio por el resto de clientes y sin que corra el riesgo de que me echen de él por no cumplir con los cánones contenidos en estas normas sociales tan intransigentes con lo heterogéneo. Podré pasear desapercibido por la calle, ser uno más. El “Consejo de Sabios” se está planteando mi alta -dijo sonriendo muy tenuemente.

Dio una calada profunda a su cigarrillo mientras parecía perderse en un mundo lejano, y comenzó a hablar muy despacio y casi en un susurro, abundando en silencios, como si el olvido estuviese royendo ya su memoria, o, tal vez, como si quisiera revivir lo que narraba.

—No sé si alguna vez has asistido al atardecer en el silencio y la soledad de una campiña, sobre todo en otoño. En el cielo la luz se va desvaneciendo muy lentamente. Tal vez se escuche el ladrido lejano de algún perro, en el fondo ellos también temen la noche y ladran para espantar sus miedos. El celaje posee una multitud de tonalidades, entre azules, grises, negros y anaranjados. El aire que se respira es limpio y fresco, de una pureza extraordinaria. Allí, existe un brevísimo instante durante el ocaso, un momento muy preciso entre el día y la noche y que no es ni una cosa ni la otra, pues la luz no ha sucumbido del todo y la oscuridad aún no ha borrado los colores de la faz de la tierra. Justo cuando los animales diurnos apenas han encontrado su refugio y aún no han salido del suyo los nocturnos. Cuando el sol ya se ha escondido en el horizonte, y apenas queda en el aire el residuo de su brillo ya apagado. En ese interludio sublime entre el día y la noche el silencio es rotundo, similar al que uno experimenta al introducirse en una catedral abandonando el bullicio de una gran ciudad. El color de todo lo que a uno le rodea es virginal, posee una nitidez prodigiosa, casi desconcertante, parece como si todo reviviese a tu alrededor durante unos segundos de un modo fascinante, más real que nunca, como si cobrase ese relieve del que adolece el resto del día. En ese preciso instante pareces sentirte más vivo que nunca, sientes que formas parte de esa naturaleza que te envuelve de un modo misterioso

y maternal. Todo cobra sentido y, al mismo tiempo, nada importa. Uno se deja llevar y es como estar mecido en los brazos de un ser superior, inmaterial, eterno y esencial.

Volvió a aspirar de su cigarrillo casi extinguido, dejó posarse un silencio más entre nosotros y prosiguió:

—Pues ese breve instante en el ocaso es el que, estoy seguro de ello, experimentamos en las postrimerías de la vida. Esa paz, ese sosiego, es la antesala a una eternidad, a un final ineluctable. Nuestro ocaso.

Apagó su cigarrillo en el cenicero y se marchó cabizbajo a su habitación sin mirarme siquiera.

Los días siguientes Fernando los pasó afligido, envuelto en una extraña pesadumbre que evitaba explicarme. Se mostraba más distante que de costumbre conmigo. Al cabo de una semana, Fernando me confirmó que se iba de alta. Como su familia no se hacía cargo de él, Asuntos Sociales le buscó plaza en una residencia geriátrica donde pasaría el resto de sus días. Me dijo el nombre del pueblo donde se encontraba la Residencia, yo le facilité mi dirección para que me escribiera y el número de teléfono de casa para que me llamara si quería que lo fuese a visitar. Los dos nos entregamos aquellos datos de forma indiferente, con la certidumbre de que no nos volveríamos a ver. Se despidió de mí aquella noche con un fuerte abrazo paternal y con los ojos empañados, se giró y se alejó muy despaciosamente por aquella penumbra del corredor, lo engulleron las tinieblas, y no volví a ver a Fernando nunca más...

La pequeña ciudad a la que llegué al día siguiente me desconcertó, cualquier parecido con aquel pueblo en el que trabajé hace casi treinta años se había esfumado por los respiraderos del tiempo. Recuerdo que Fernando me dijo alguna vez que el progreso nos deshumanizaría algún día, pude comprobarlo mientras paseaba por aquellas calles desconocidas repletas de zombis que deambulaban sin despegar su mirada de esa pequeña pantalla que parece alienarnos.



A las cinco de la tarde acudí a la iglesia donde se oficiaba la misa de difunto de Fernando. Ningún conocido al entrar al templo. Soledad y silencio. El párroco pregonó un sermón casi algorítmico, apenas mencionó un par de frases en recuerdo de Fernando, frases asépticas, imprecisas, una plática ordinaria para un hombre extraordinario. Allí comprendí que Fernando, como tantos otros genios desconocidos, había sido invisible, inexistente para el mundo, tan solo yo había tenido la fortuna de descubrir su talento, su excepcionalidad, su esencia y había conseguido dejar sobre mí una huella indeleble. Al finalizar la ceremonia, varios operarios uniformados introdujeron diligentemente el féretro en el vehículo funerario, con manifiesta habitualidad.

Cinco personas, cuatro mujeres y yo, asistimos a aquel entierro. A una anciana enlutada la flanqueaban dos mujeres de mi edad, la otra señora se aproximó a mí y se presentó, era la directora de la Residencia donde se encontraba ingresado Fernando sus últimos años.

—Supongo que es usted su hijo -me dijo. En su agenda personal aparecía escrito su nombre y número de teléfono junto a la palabra “HIJO” en letras mayúsculas, por eso le avisé. Dejó esto para usted -y me entregó un paquete pequeño.

Cuando lo abrí pude comprobar que se trataba de aquel viejo libro que Fernando tenía entre sus manos el día en que nos conocimos, el “Fausto” de Goethe escrito en alemán. Le respondí a aquella señora con una sonrisa discreta y ella se apartó prudentemente.

Un aire gélido otoñal parecía aguijonear mi rostro, y mis ojos llegaron a rezumar alguna lágrima. Sentí que el aire era puro, el silencio sublime y mirando a mi alrededor pude apreciar cómo el cielo adquiría unas tonalidades rosas y anaranjadas. Algún perro ladró a lo lejos. Al ver desaparecer lentamente el ataúd de Fernando en su fosa, como el sol desaparece cada tarde en el horizonte, me sentí más vivo que nunca. Una sonrisa colmó mi rostro helado y me acometió una placidez profunda al experimentar aquella misma serenidad que describía Fernando y que seguramente habría sentido él poco antes de morir. Ese breve instante en el ocaso.

**FIN.**